

CELCIT. Dramática Latinoamericana 321

# PERDER LA CABEZA

Jaime Chabaud

para Philippe Amand y Sandra Félix

EPOCA: Ocurre en los años 40 en México D.F., por 1943 quizá, en el sexenio del presidente Manuel Avila Camacho.

Gabardinas y sombreros "Tardán" de ala ancha son la moda; también pantalones de pinzas, la radio, la segunda guerra mundial "allá en Europa", el fin de la Revolución, los cabarés, la media de raya pintada, el cine...

ESPACIO: Son calles, bodegas, cabarets, oficinas de policía, recámaras, redacción de periódico, feria de fenómenos

PERSONAJES:

VOZ EN OFF (estilo programa de TV Los Intocables)

MARTIN SALINAS

FERMIN ROCHA

COMANDANTE SAHAGUN

MARTINEZ

ESTÉVEZ

CANTINERO

LADY DAVAH

KIKIS KORKUEREMBURG

MALKAH

TAQUERO

EL GRAN KOJONIDS

REPORTERO

AGENTE CHINO-JAPONES

CABECITA PARLANTE

SAXOFONISTA-MUDO

LOS HECHOS:

En el oscuro de la tercera llamada, vemos algunos personajes que se desplazan en actitud sospechosa sobre escena.

VOZ EN OFF: Corría un todavía invernal mes de febrero de 1943, para más precisión la madrugada del día 14, cuando la ciudad de México amaneció conmocionada por el salvaje asesinato de un hombre prominente. Una perla más para el largo collar de crímenes sin resolver por nuestra "eficiente" policía. En el exterior se pensaba en un México en que reinaba la paz. Sin embargo, su ropa interior traía enquistada la paz, sí, pero esa paz que la impunidad da a los sepulcros.

Se escucha en off cómo son marcados algunos números de teléfono y un timbre insistente. Se enciende la lámpara de una pequeña mesita frente a Martín Salinas. Contesta el teléfono. Bostesa, con los pies descalzos y en pijama.

VOZ EN OFF: La madrugada en que el reportero Martín Salinas despertó con una llamada urgente, la ciudad capital se hallaba convulcionada por un activo e inusual movimiento. Algo grave estaba ocurriendo. De las alcantarillas de la ciudad capital salían los ecos de un mundo del hampa vigoroso y a punto de saltar a la superficie.

Salinas cuelga. Intenta ponerse pantalón sobre el de pijama, pero resbala y se golpea la cabeza.

SALINAS: ¡Mierda!

Por una escalera de caracol vemos subir al reportero que se pierde de vista. En el callejón, la luz intermitente de una torreta ilumina precariamente. En el piso hay un cuerpo cubierto con una sábana. Rocha entra acompañado de Martínez.

ROCHA: ¿Cómo que no aparece?

MARTINEZ: Nadie la ha visto.

El Comandante Sahagún entra. Sonríe.

COMANDANTE: ¿Qué tienes, Rocha?

ROCHA: Carnes frías, jefe.

COMANDANTE: ¿Quién halló el cadáver?

MARTINEZ: El cantinero del cabaret.

ROCHA: Hará como una hora. (Revisa la cartera del cuerpo. A Martínez.) ¿Y la buscaron bien?

MARTINEZ: Por todas partes, no aparece.

COMANDANTE: ¿Y el Ministerio Público?

ROCHA: (Señala fuera de escena.) Está allá, jefe.

Rocha entrega al Comandante la cartera del difunto y apunta en una pequeña libreta. Este saca todos los billetes pero rectifica y devuelve uno a la cartera.

VOZ EN OFF: La víctima de este nuevo acto de violencia era -según la prensa- un buen ciudadano de nombre Celestino González Treviño, industrial poblano. Para la Secretaría de Hacienda estaba registrado como dueño de cabarets de lujo. En cambio, en los bajos fondos era conocido por el "alias" de Don Celes, todo un padrino, una institución dentro del crimen. Al parecer su error trágico consistió en confiar de más en un equipo de seguridad equivocado.

El Comandante entrega a Rocha un billete de lo robado a la cartera del difunto. Mete el resto del dinero en su saco.

COMANDANTE: Si ya no te veo orita, ahí te encargo mucho. Este asunto suena delicado. ¡Espabílate!

ROCHA: Bien.

El Comandante guarda la cartera en una bolsa de papel que entrega a Martínez.

COMANDANTE: Mañana a las nueve, ¿la agarras?

Rocha guarda en su gabardina el dinero. Entra Estévez con una Lady Davah asustada y hermosa. El Comandante se va a regresar al verla pero consulta su reloj y sale. Se genera una tensión-atracción entre Lady Davah y Rocha.

DAVAH: No saben con quién se meten. No pueden detenerme.

ROCHA: ¿Don Celes, acaso?

DAVAH: ¡Pa' que aprendan lo que es un hombre!

ROCHA: (Toma de la barbilla a la mujer.) Se puede aprender poco de un hombre muerto, muñeca.

Davah se percata del cuerpo en el piso. Espantada se abraza a Rocha. Rocha le da palmaditas nerviosas, casi acariciantes en la espalda. Permanecen un prolongado instante abrazados. Entra Salinas que se sonríe ante el cuadro.

DAVAH: ¿Cuándo...? ¿Pero cómo...?

ESTÉVEZ: Parece que la tipa conoció muy bien al difunto, teniente.

DAVAH: ¿Me van a arrestar?

ROCHA: (Deshaciendo el candado que los brazos de la mujer cierran sobre su cuello.) Sólo se hará una declaración de rutina. (Pausa.) No se preocupe.

DAVAH: (Mientras sale acompañada de Estévez.) Lo voy a estar esperando, "capitán".

Salinas, masticando chicle, mira irónico a la mujer. Se despide con un gesto.

SALINAS: ¡Bye, bye, Lady Davah!

ROCHA: (Abre los brazos.) ¿Desde cuándo, tú?

SALINAS: (Se estrechan y sueltan risotadas.) Desde aquello. ¿Qué no?

ROCHA: ¡Ah, qué tú!

SALINAS: Todavía estoy esperando lo que me toca.

ROCHA: No se te quita lo rencoroso.

SALINAS: Nomás dime cómo.

ROCHA: Pues así sin trámites: olvidando. ¡Oh, carambas, ya lo pasado pasó!

Salinas señala el cuerpo y Rocha le hace un gesto para que lo observe de cerca.

SALINAS: ¿Está salvaje, eh?

Salinas se agacha y lo destapa sólo momentáneamente. Cae de nalgas presa del horror y la náusea.

ROCHA: Sácate el chicle de la boca, por favor, Martín. (A Martínez.) Cúbrelo.

Martínez tapa el cadáver y echa una mirada hostil a Salinas que se levanta.

SALINAS: ¡Ay, no juegues!

ROCHA: (Escribe en una libretita.) Fue un limpio tajo.

SALINAS: Eso llamo yo "darle cuello" a alguien.

ROCHA: Dale aquí al periodista lo que tenemos.

MARTÍNEZ: Tengo lo de... Además Estévez trae las notas y documentos.

ROCHA: ¡Oh, chingá, a todo repelan!

MARTÍNEZ: En vida llevaba por nombre Celestino González Treviño.

SALINAS: (Anota.) ¿Quién dice?

MARTÍNEZ: Su licencia, de Puebla.

SALINAS: ¡Don Celes!

MARTÍNEZ: ¿La calle?

ROCHA: No, güey, dueño de cabarets de lujo y tugurios de mala muerte. ¡Don Celestino!

SALINAS: Don Celes, ni más ni menos.

Levanta la sábana nuevamente y el público ve por primera vez el cadáver decapitado.

ROCHA: Don Celes... Martínez, que me busquen sus antecedentes.

MARTÍNEZ: (Mueve negativamente la cabeza.) Sí, sí, y que preparen jarras y jarras de café.

ROCHA: Larga noche nos espera. (Sale Martínez.) ¿Qué piensas de todo esto, periodista?

SALINAS: (Saca fotos con flash.) Oye, ¿y la cabeza?

Rocha hace esfuerzos por abrir un puño férreamente cerrado del cadáver.

ROCHA: Echame la mano.

SALINAS: (Se agacha.) ¿Qué trae éste?

ROCHA: No sé, ayúdame.

Entre ambos hacen un esfuerzo y abren la mano del muerto. Rocha toma unos cabellos y los intenta examinar con la precaria luz existente.

SALINAS: ¿Cabello?

ROCHA: Del agresor.

SALINAS: Seguro.

ROCHA: (Mete los cabellos en una pequeña bolsa de plástico.) Habrá que analizarlos. ¿Ves la tensión de los dedos?

SALINAS: Hubo forcejeo.

ROCHA: ¡Obvio! (Le da una palmada en la espalda.) ¡Pinche periodista, me caes bien.

SALINAS: Don Celes... Se dicen muchas cosas del padrotillo este: mafia, nalgas y hartos conectes con las esferotas de allá arriba.

ROCHA: Armas, drogas... Muchos rumores.

SALINAS: Nada se le ha probado gracias a sabe Dios qué ángeles protectores.

Entran Estévez, el Cantinero y el Saxofonista-Mudo.

ESTÉVEZ: Teniente.

ROCHA: ¿Y éstos?

ESTÉVEZ: El cantinero del congal y..., pus, este no habla.

CANTINERO: Es el saxofonista, es mudo.

ROCHA: Canta claro y rápido, canario. Escucho y no tengo tiempo.

CANTINERO: Es sobre las faldas. Sus dos mujeres... Bueno, a saber... ROCHA: Como cualquier varón que se respete, ¿qué tiene de raro?

CANTINERO: Las dos tenían motivos suficientes como para matarlo.

ESTÉVEZ: ¡Dile lo del apodo!

ROCHA: ¿Qué apodo?

CANTINERO: El Camotero Loco.

ROCHA: ¡El de las cajas de camotes poblanos!

SALINAS: (Muerto de la risa.) ¡¿Qué?!

ROCHA: ¡Como oyes: camotes!

El Saxofonista-Mudo da un codazo en la boca del estómago al Cantinero. Estévez lo domina y esposa.

ROCHA: ¡Llévate a este mudito a los separos! Me lo pones en la suite.

ESTÉVEZ: (Empuja al Saxofonista-Mudo.) ¡Con el trato especial del Martínez vas a aprender a cantar hasta zarzuela, me cae!

ROCHA: ¡Ah, Estévez, toma! (Da a Estévez los cabellos.) Entrega esto a los peritos. Que avisen en cuanto tengan algo.

Rocha se levanta seguido de Salinas.

ESTÉVEZ: Ahora mismo, teniente.

Hacen mutis el Saxofonista-Mudo, Cantinero y Estévez.

SALINAS: ¿Camotes?

ROCHA: A este mono lo veníamos buscando por que transportaba opio en cajas de camotes.

SALINAS: ¡Ay, no juegues!

ROCHA: En serio, no es albur. Amasan la goma de opio con la forma del dulce.

SALINAS: ¿En camotes?

ROCHA: Con su etiqueta y todo.

SALINAS: ¿Y como los pasan?

ROCHA: Delante de nuestras narices, periodista.

SALINAS: Sólo en México puede pasar algo así.

ROCHA: ¡Oye, periodista, no uses el chiste en tu nota, eh, cabrón!

SALINAS: ¿Y la cabeza?

ROCHA: (Camina con prisa.) No lo sé, pero acompáñame a la oficina y chance nos enteramos. Ah, y por favor tira esa maldita goma de mascar.

SALINAS: Bueno.

Salinas lo sigue con dificultades. Se saca el chicle y lo pega en la tapa del lente de su cámara.

Entran a un pasillo de luz que va a dar a una puerta con un letrero rotulado:

Teniente Fermín Rocha, división de homicidios. Abren y se enciende la oficina en donde Martínez habla por teléfono y Estévez juega baraja española. Martínez baja sus zapatos del escritorio. Estévez guarda las cartas.

MARTÍNEZ: ¡Sí, me esperas despierta, ¿entendistes?!

SALINAS: Pero, la cabeza... ¿Para qué se la llevaron?

ROCHA: Para dificultar la identificación.

SALINAS: ¿Dejándole las identificaciones al difunto?

ROCHA: A qué periodista, con tal de retorcer la noticia...

SALINAS: Gajes del oficio.

ROCHA: (A Estévez y Martínez.) Váyanse a echar una pestaña, los veo a las once de la mañana. Me voy a echar un pollito atrasado con Salinas.

MARTÍNEZ: (Sale viendo con odio a Salinas.) El café está ahí fuera.

ESTÉVEZ: (Sale.) Hasta luego.

Salinas cierra con llave la puerta.

SALINAS: Le caga la madre mi existencia, ¿verdad?

ROCHA: ¿A quién, a Martínez?

SALINAS: Ajá. Siempre me echa la mirada treinta y seis y yo me pongo a temblar.

ROCHA: ¡Ey, vaya que le cagas!

SALINAS: ¿Y qué pues con el expediente?

ROCHA: (Sale aflojándose el cinturón.) Sobre el escritorio, la carpeta negra.

Salinas forja un churro de mariguana con un trozo de papel que arranca de la última hoja del expediente. Termina de hacerlo y lo enciende. Suena el teléfono.

SALINAS: (Suelta el humo.) ¿Contesto?

ROCHA: (Grita desde el baño.) ¡Contesta!

SALINAS: (Fuma y retiene el humo.) ¿Bueno...? ¡XEW, la voz de la América Latina desde México! (Con evidente descontrol.) ¡¿Quién?! (Se pone lívido al tiempo que escuchamos el agua corriendo por el retrete. Sin soltar el aire.) Orita le contesta, viene del baño.

Rocha se abrocha la bragueta. Ve recriminatoriamente a Salinas. Este le entrega el teléfono al tiempo que suelta el humo.

SALINAS: (En voz baja.) Sahagún.

ROCHA: (Hecho un manojo de nervios.) ¡Sí, Comandante, puede decirle al Subsecretario que estamos atendiendo el caso con todos los recursos... (Pausa.) ¿Perdón? (Pausa. Ve a Salinas.) ¿Que quién? (Le mienta la madre con el brazo a Salinas.) Un amigo, sí... (Pausa.) El periodista, sí... (Pausa.) Martín Salinas, sí. (Pausa.) ¿Qué? (Pausa.) No, ¿cómo cree, Comandante? (Titubea.) Lo que pasa es que anda un poco malo de la laringitis.

SALINAS: (En voz baja.) ¿Qué subsecretario?

ROCHA: (Tapa la bocina.) Espérate a que cuelgue, hijo de la chingada... (Al teléfono.) Pero claro que lo escucho, Comandante. Tras la pista... (Pausa.) Decapitado... (Pausa.) Lo sé, raro, pero no aparece... (Pausa.) Usted dirá... (Pausa.) Con la mayor discreción... (Pausa larga plagada de "mmmhs".) Cacho,

sí... (Pausa.) Nada de ruido... (Pausa.) ¿Quién? (Ve a Salinas.) Se fue... (Pausa.) Por supuesto, a la prensa ni maíz... (Pausa.) De inmediato, no se preocupe, mi Comandante, será el primero en saber y... (Ve la bocina con enojo. Cuelga.) ¡Adiós!

Mira amenazante a Salinas quien se desternilla de risa.

SALINAS: Qué sustote... ¿Qué no?

ROCHA: El viejo es zorro. No se tragó lo de la laringitis.

SALINAS: ¿Cómo se te anda ocurriendo una laringitis? ¡Qué bruto, en serio!

ROCHA: ¡Qué querías, fue lo primero que...!

SALINAS: Tranquilín Fermín, a lo tuyo ahora lo llaman los doctores "neurosis".

ROCHA: ¡Me agarró de bajada!

SALINAS: (Después de una pausa. Científico.) ¿Desde hace cuánto no fornicas?

ROCHA: ¡Chinga tu madre!

SALINAS: ¡Vale bolillo, hablo en serio!

ROCHA: (Silencio.) El chingo pero ¿eso qué tiene que ver?

SALINAS: Tus nervios se miran medio bajos. Te voy a llevar de putas después de un vaporcito turco, claro, pa' aflojar sabroso.

ROCHA: El comandante Sahagún quiere que te aleje del caso Don Celes, ya sabes: "Nada de ruido".

SALINAS: ¿Y quién le va a decir que ando cerca?

Rocha está a punto de avalanzársele a golpes pero suena teléfono. Contesta.

ROCHA: ¡Bueno! (Pausa.) Lo comunico.

SALINAS: (Sonríe.) ¿Para mí? (Toma la bocina.) ¡Sí! (Pausa larga.) ¡¿Sí?! ¿Cuál Subsecretario? (Pausa.) ¿Qué hacía con él? (Pausa.) ¿Compadres o socios? (Pausa.) ¡Orale, Media-Luz, muy bien; tremendo margallate! (Pausa.) ¡Ah, una bodega! (Anota en un papel.) Gracias. Sí, sí, ahí luego vemos la "mochada".

Salinas cuelga. Se deja caer en una silla soltando un suspiro.

ROCHA: ¿Qué pues? ¿Quién del gabinete?

SALINAS: Un soplo, un soplo de oro, manito.

ROCHA: ¿Cuál soplo?

SALINAS: Vámonos al Turco. ¿Traes lana?

ROCHA: ¡Desembucha, pinche periodista!

SALINAS: (Guarda en su saco el papel.) ¿Qué vínculos unían al Subsecretario Álvarez Machain con Don Celes?

ROCHA: Ni idea. (Pausa.) ¿Porqué Álvarez Machain nos trae en chinga para que se resuelva el caso?

SALINAS: Uno de mis informante de cuando cubría políticas en el diario me dijo que Álvarez Machain frecuentaba demasiado al muertito.

ROCHA: ¿El santo patrono que protegía a Don Celes, entonces?

SALINAS: De seguro. Algo gordo se esconde detrás de este asunto.

ROCHA: No exageres. (Extiende la mano.) ¿Y el papel en el que escribiste?

SALINAS: Después del turco.

ROCHA: Ni más.

SALINAS: ¡Cuánto enojo! (Le entrega el papel.) Léele, pues.

ROCHA: Aquí cerquita de avenida Circunvalación...

SALINAS: Plena Merced... Parece que se trata de una bodega de Don Celes; movimientos sospechosos y casi siempre nocturnos.

ROCHA: ¡La drogota! (Jala a Salinas.) ¡Pícale, vámonos!

SALINAS: (Toma su sombrero.) ¿Al turco?

ROCHA: ¿Cuál turco?

Salen de la oficina. En otra zona vemos una bodega en la merced. Se escucha música oriental y sobre una mesita iluminada apenas percibimos incensario encendido, vela y larga pipa. Un Chino aparece en la zona de luz con una caja de camotes poblanos. Saca uno del que corta un pequeño trozo con el que rellena la pipa. Entran armados Rocha, Salinas, Martínez y Estévez. La puerta abierta ilumina ahora costales, cajas de camotes y huacales apilados aquí y allá. Al fondo hay una escalera metálica de caracol.

ESTÉVEZ: ¡Policía!

MARTÍNEZ: ¡Arriba las manos!

ROCHA: ¡No disparen, lo quiero vivo!

El Chino toma un documento de la mesita y lo mete en su boca. Lo van cercando y el Chino se aproxima caminando de espaldas a la escalera de caracol.

MARTÍNEZ: No vaya a hacer una tontería.

ROCHA: Escupa lo que tiene en la boca y levante los brazos.

El Chino avienta la pipa y corre escaleras arriba. Estévez dispara y el Chino cae mal herido. Rocha y Salinas se inclinan sobre él. Estévez mira aterrado al Chino.

ROCHA: (A Martínez.) Sácale el papel con cuidado, dije con cuidado.

MARTÍNEZ: ¡Sí, teniente!

SALINAS: (A Estévez.) ¡Llama una ambulancia!

ESTÉVEZ: (Tropieza con todo.) Voy, yo voy.

ROCHA: Ya no tiene caso, se nos está yendo.

ESTÉVEZ: Voy, de todas maneras, voy.

MARTÍNEZ: (Muestra a Rocha el papel lleno de saliva y roto.) Falta un fragmento. Es un telegrama.

ROCHA: Que lo reconstruya Estévez.

MARTÍNEZ: Quizá eso sí pueda hacer bien.

ESTÉVEZ: (Sale.) No, yo voy por la ambulancia.

ROCHA: Siempre rompiéndose las medias. Este ya se me pandeó.

SALINAS: ¿Es su primer difundo?

ROCHA: ¡Ey!

SALINAS: Pues tenías razón: la drogota. Pero lo sorprendente es que la aduana norteamericana no se dé color.

ROCHA: ¿Y te crees que un gringo sabe cómo es un camote?

Martínez muestra a Rocha el paquete con droga de la mesa. Este habla despacio y con inusitada ternura al Chino.

ROCHA: ¿Dónde está el demás opio, maldito Chino?

SALINAS: Ni sabe español.

Silencio del Chino que mira a Rocha con espanto.

MARTÍNEZ: ¿Lo tienen en esta bodega?

SALINAS: No comprende.

MARTÍNEZ: (Lo zarandea.) ¡Mis güevos que no entiende, qué!

SALINAS: ¡Oiga, no lo mueva, está herido!

MARTÍNEZ: ¡Jefe, contenga a su amigo el periodista!

ROCHA: ¡Carajo, Salinas, deja trabajar a mis muchachos! Ve, por favor, sólo ve...

SALINAS: ¡Se está muriendo!

ROCHA: ¡No interfieras!

SALINAS: ¡Ok, ok, perdón!

ROCHA: (Acaricia la cabeza del herido.) ¿Dónde pusiste la cabeza de Don Celes?

(Pausa.) ¿Tú lo mataste, verdad?

CHINO: (Con acento oriental.) ¿Don Celes muelto?

ROCHA: ¿Sabes quién fue?

CHINO: (Agónico.) A lo mejol... los... nolteamelicanos...

SALINAS: ¿Los gringos?

CHINO: Lo vigilaban...

ROCHA: Un mercado potencial maravilloso para el consumo de camote.

MARTÍNEZ: (Zarandea al moribundo.) Tu fuiste, pinche Chino.

CHINO: (Balbucea.) Es... un disflaz... mí no Chino...

Muere. Se levantan Rocha y Salinas y observan el cadáver.

ROCHA: (A Martínez.) Dile al Estévez que cuando deje de vomitar no llame a la ambulancia. Que se lance por el ministerio público.

MARTÍNEZ: Sí.

ROCHA: ¡Pero en chinga, órale!

Sale Martínez. Salinas hurga entre las ropas del Chino y saca unos papeles. Los observa con detenimiento y sonríe complacido por el descubrimiento.

ROCHA: ¿Qué hallaste?

SALINAS: Mira.

ROCHA: Es o parece que...

SALINAS: (Se encoge en hombros.) Me late, habrá que cotejarlo con quien sí sepa.

ROCHA: (A Martínez que entra.) A ver, Martínez, ¿qué piensas de esto?

MARTÍNEZ: (Observa el documento.) ¿Qué tiene? Está en chino.

ROCHA: ¡Pero cómo crees!

SALINAS: Estas letras raras que ves son japonés.

MARTÍNEZ: ¡Mira nada más, opio japonés! (Ríen Salinas y Rocha.) Viene para acá el Comandante Sahagún. Que no se vaya porque tiene que hablar seriamente con usted.

ROCHA: ¡Uta madre!

MARTÍNEZ: Sí me lo permite, mi teniente, no creo que le guste ver en el operativo al changuito éste.

ROCHA: ¡Lárgate, por favor, te hablo mañana!

Salinas sale corriendo al tiempo que se escucha una sirena policiaca acercarse.

MARTÍNEZ: Me está poniendo nervioso su amigo el periodista. Nos va a meter en un broncón.

ROCHA: (Palmea la espalda de su ayudante.) Gracias, Martínez, lo sé.

MARTÍNEZ: Puedo oler los problemas, teniente. El Salinas éste era comunista y hasta lo corrieron los del partido.

ROCHA: ¿Crees que no lo conozco?

MARTÍNEZ: Ya lo habíamos entambado una vez. No me gusta.

ROCHA: (Asiente en silencio. Mientras sale.) Me urge el informe del forense.

En el cabaret El Rincón de las Brujas vemos asomarse al Saxofonista-Mudo por una alcantarilla a media pista de baile. Revisa que este vacío el lugar y sube al fin. Va por un paquete a la barra y regresa a la alcantarilla en donde dos manos lo reciben. El músico cierra la alcantarilla. Comienza a encender luces y a

acomodar mesas y sillas. El Cantinero llega directo a la limpieza de vasos y surtido de botellas. Entra Lady Davah vestida de noche, provocativa.. Prende un letrero rosa mexicano de neón curvado hacia arriba que dice El Rincón de las Brujas. Al accionar otro interruptor leemos otra frase que cierra un círculo: Donde el placer nos toca. El Saxofonista-Mudo toca y Lady Davah baila.

VOZ EN OFF: Pasados los días de guardar al difunto, la lucha por la sucesión a la cabeza del imperio Don Celes no se hizo esperar. Lady Davah sabía que ella era "la otra", la "ilegítima" pero también que se hallaban en un momento crítico para el imperio Don Celes como para dividirse.

Termina la música. Silencio. Davah se aproxima a la barra y empina un trago.

DAVAH: Dame otro trago.

El Cantinero sirve dos vasos y señala al Saxofonista-Mudo. Davah sonríe y le lleva el trago al músico que agradece con un par de chuscos compases. Se toma la copa de un solo trago.

CANTINERO: ¡Orale, mudo, a desquitarla!

DAVAH: El esbirro de la nueva patrona ha hablado...

Con disgusto, el Saxofonista-Mudo desdobra unas partituras e inicia bolero de Agustín Lara.

CANTINERO: Así me gusta, y con sentimiento, como le hace el flaquito Lara...  
¡Eso, bonito!

DAVAH: ¡Echele galleta, mudito!

CANTINERO: También va por tí, Davihta... La "Señora" me encargo mucho que te tuviera en la mira. No tarda en llegar.

DAVAH: Pus, por mí ni te apures, jefecito.

CANTINERO: Te me alineas o te me alineas, ¿estamos?

DAVAH: O, pus, tú pon la línea y estamos... Yo nomás me aplico.

CANTINERO: No me embromes pinche drogadicta porque...

DAVAH: Me embrujas, ¿qué no?

CANTINERO: Ya me conoces, Davah...

DAVAH: ¡Oh, manito...!

CANTINERO: Me cae, no la traigo contigo y mira que debería.

DAVAH: Ya, ya, para tu carreta. Antes eras el gato y 'ora te sientes capataz.

CANTINERO: Solo cumplo órdenes. (Pausa.) ¿Para qué me buscas?

DAVAH: Pus..., ahí déjala, ¿sí?

Lady Davah sale a la pista y canta a Lara. Llega Salinas libreta en mano. El Saxofonista-Mudo lo observará toda la escena. Davah no se percata de su presencia y sigue prendida del micrófono. Salinas se acerca al Cantinero.

SALINAS: ¿Y la señora Korkueremburg?

CANTINERO: (Sin mirarlo, absorto en cuentas de dinero.) ¡Salinas, qué sorpresa! ¿Dónde dejó a su amigo el polizonte?

SALINAS: (Extiende la mano.) Me gustaría hacerle algunas preguntas..., en lo que llega la viuda.

CANTINERO: (Interrumpe.) Llame al abogado de la "Señora".

SALINAS: (Sonríe.) Me temo que no entiende. Soy periodista, no policía.

CANTINERO: Da lo mismo: llame al abogado. Yo sólo me encargo del cabaret por unos días.

SALINAS: Podríamos hablar en privado para que no se sienta..., no sé..., presionado. Quizá pueda hacerle algún obsequio. ¿Le parece bien?

CANTINERO: (Sin mirarlo.) Podríamos, sí.

SALINAS: ¡Bien! Usted dirá...

CANTINERO: "Podría..." Pero no se me pega la gana y ni le dé vueltas.

SALINAS: Son sólo unas preguntas, sobre las propiedades de Don Celes y el paradero de su cabeza... ¿Tiene idea de quién podría quererlo muerto?

CANTINERO: Mi patrón hizo muchas cosas, algunas no muy buenas.

SALINAS: ¿Por qué dijiste el otro día que cualquiera de sus dos mujeres podría haberlo matado?

CANTINERO: ¡Ni le buyas, yo no conocía a la "Señora"! Nunca la había traído aquí.

SALINAS: Pero cuéntame de los camotes. ¿Cómo eran transportados? ¿Tiene contacto la señora Kikis Korkueremburg con la otra de Don Celes, con Lady Davah?

CANTINERO: (Habla lento, señalando a Davah.) Ella no es la señora de González Treviño, ¿entendió?

Termina de cantar Lady y se acerca a Salinas. Le acaricia la mejilla y ríe. El Saxofonista-Mudo mira. El cantinero termina de lavar unos vasos y se acerca al teléfono para hablar en voz baja.

DAVAH: ¿No te quisieron chismear, gordito?

SALINAS: Davah.

Salinas le extiende la mano pero la Davah no contesta el saludo.

DAVAH: Para tí Lady Davah, cariño.

SALINAS: ¿Quién puso a ese de cancerbero, eh?

DAVAH: La pinche vieja se cree ya dueña de todo pero cuando venga a ver cómo se ponen las cosas.

SALINAS: No la quiere mucho que digamos, Davah.

DAVAH: (Por el Cantinero.) Es que se pasa de veras poniéndonos a este pelagatos.

SALINAS: ¿Y la conoce?

DAVAH: ¿A la alemana? Una vez la vi. Bonita de veras, distinguida. Dicen que es una mujer muy distinguida.

SALINAS: ¿Qué le dice el apellido Álvarez Machain?

DAVAH: ¿Quieres un soplo, cariño? Ni creas.

SALINAS: Vamos, eres sospechosa del crimen. No creo que tu posición sea...

DAVAH: (Interrumpe.) ¡Por ningún motivo. Aunque..., si me das el número telefónico de tu amigo el "capitán" Rocha...

SALINAS: (Suelta una carcajada.) ¿El "teniente" Rocha te interesó?

DAVAH: Parece buena persona.

SALINAS: Verdaderamente uno no sabe para quién trabaja.

DAVAH: Quisieras, cariño, pero en realidad necesito hablar con el "capitán".

SALINAS: Si te paso el número ¿me vas a dejar mirar?

DAVAH: ¡Eres un perverso, gordito! No te conocía esas mañas.

SALINAS: Bueno, de perdida explicame porqué hace tan sólo un mes el occiso compró un seguro millonario.

DAVAH: ¿Qué tiene de particular?

SALINAS: Lo que se pregunta la policía es ¿por qué la dejó como beneficiaria precisamente a usted, Lady Davah?

DAVAH: Le sugeriría que checara los otros seguros que Don Celes sacó a nombre de la señora Kikis. Parece que son más jugosos, incluso.

SALINAS: (Anota en un trozo de papel.) ¿Segura que son más altos sus montos, Davah?

DAVAH: (Recibe el papel.) ¿Fermín?

SALINAS: Ajá: Fermín Rocha.

DAVAH: (Le da la mano en despedida.) Estoy segura, cariño.

Oscuro en el Cabaret.

En la Jefatura de Policía, una sala de interrogatorio, Martínez y Estévez juegan cartas.

VOZ EN OFF: Una de las cosas que más sorprendió a Fermín Rocha, al conocer a las dos mujeres más cercanas a Celestino González Treviño fue su enorme parecido. El águila y el sol de una misma moneda. ¿Cuál de las dos podría haber sido capaz de mandar asesinar a Don Celes?, era una pregunta que daba vueltas en la cabeza del teniente de la Judicial Federal y de su amigo el periodista Martín Salinas.

Entra Kikis Korkueremburg. Martínez y Estévez dejan de jugar y la invitan a sentarse.

MARTÍNEZ: Empezaremos en lo que llega el teniente Rocha, si no le molesta.

KIKIS: A eso vine.

Estévez se para frente a ella y la señala con un dedo.

ESTÉVEZ: Mire, señora Korkueremburg de González, tiene derecho a permanecer callada y es el derecho que la ley otorga pero me permito advertirle que nuestra paciencia es...

MARTÍNEZ: Escasa.

ESTÉVEZ: Eso: escasa. Y su situación nos parece, señora mía, muy... cómo le diré...

MARTÍNEZ: Precaria.

ESTÉVEZ: Eso: muy precaria.

MARTÍNEZ: Lo mejor es que coopere.

Entra Rocha. Kikis lo mira, nerviosa.

ESTÉVEZ: El revólver que traía al ser aprehendida... ¿Qué pretendía hacer con él?

KIKIS: Jamás le había visto antes de hoy. Estaba en mi bolso pero yo no lo puse ahí.

ROCHA: Habla muy bien el castellano pese a ser alemana.

KIKIS: Desde muy chica vivo en la ciudad de México.

ROCHA: ¿Ambos padres alemanes? ¿Tienen alguna filiación política?

KIKIS: Madre mexicana.

A la Kikis se le han llenado los ojos de lágrimas. Se truenan los dedos y comienza a emitir un tenue y agudísimo llanto mezclado con palabras ininteligibles.

ROCHA: Usted le asesinó, ¿no es verdad?

KIKIS: (Atropelladamente.) ¡Es que..., es que era una situación insostenible!

¡Todas esas mujeres, sus burlas, a veces las traía a casa cuando más tomado estaba! ¡Además, sus burlas a pesar de que le toleraba sus infidelidades...!

(Pausa. Muestra unos moretones en diversas partes del cuerpo.) ¡Nunca me daba dinero suficiente y amenazaba todo el tiempo con dejarle propiedades y cuentas de banco a las otras!

MARTÍNEZ: O sea que lo más importante para usted era su dinero.

KIKIS: ¡De ninguna manera! ¡Lo peor eran sus ausencias! (Pausa.) ¡Les dedicaba

más tiempo a las otras! (Pausa.) Con ellas no se aburría. (Pausa.) ¡Estaba hecha una loca!

MARTÍNEZ: Entonces, ¿lo acepta?

KIKIS: ¿El qué?

ROCHA: Que lo mató.

KIKIS: Con la pistola no..., pero sí.

ESTÉVEZ: (Ríe.) Sería difícil hacerle lo que le hizo a tiros.

MARTÍNEZ: (Ríe.) Claro.

Asiente de nuevo llorando. Rocha da un golpe de camaradería y felicidad a Estévez.

ROCHA: (A Martínez.) Comunícame con el jefe.

MARTÍNEZ: (Va al teléfono y marca un número.) Con el Comandante Sahagún, por favor. (Pausa.) Sí, sí, es muy urgente. (Pausa.) Bien, espero.

ROCHA: Dígame más.

KIKIS: (Toma las manos de Rocha.) ¡Las cosas con mi padre empeoraron sobre todo por el carácter explosivo de Celestino...!

MARTÍNEZ: (Se cuadra.) ¡¿Sí?! (Pausa.) ¡Ah...! Por supuesto..., sí..., muy ocupado... (Pausa.) Cuando salga díglele... Sí, por favor, con el teniente Fermín Rocha...

ROCHA: Dile que es urgentísimo, sobre el caso Don Celes...

MARTÍNEZ: (Pausa.) Pero claro que sabe... Es sobre el caso Don Celes. (Pausa.) Señorita, ultimadamente el jefe Sahagún está esperando esta llamada, ¿lo entiende? (Pausa. Mira el auricular.) ¡Jija de tu jijurria...!

Cuelga. Entra Salinas. Kikis y Rocha lo miran.

SALINAS: (A Rocha.) ¡Quiubo, traigo nuevas! (A la Kikis.) Buenas, señora.

ROCHA: (Entusiasta.) Aquí también. (A Martínez.) Comunícate otra vez.

Martínez marca de nuevo pero a medio camino se arrepiente y corta. Le da un retortijón a Rocha y se mete con discreción al baño.

KIKIS: (A Estévez.) Me era muy difícil compartirlo, entienda.

ESTÉVEZ: ¡Puedo imaginarlo!

SALINAS: Una historia como la suya se vendería en cada esquina. KIKIS: ¿Usted cree?

SALINAS: (Hace como si dibujara un titular en el aire.) Imagínese: Pasión, odio, poder, vicio...

ESTÉVEZ: Narcóticos, asesinato, poder desmedido...

SALINAS: (Toma las manos de la Kikis.) Espías, política... Una bomba editorial, yo sé lo que le digo.

KIKIS: (Lo mira fijamente.) Pienso que tiene demasiada imaginación, señor...

SALINAS: Martín Salinas, del Universal Ilustrado. Puedo decirle sin temor a equivocarme que incluso nos la compran para hacerla película... Juan Orol es conocido mío, ya lo verá...

ESTÉVEZ: Aunque le dieran unos veinte o treinta años...

KIKIS: ¿Tanto?

SALINAS: (Da un codazo a Estévez.) Bueno, yo creo que quince, diez, no sé...

ESTÉVEZ: (Sigue el juego a Salinas.) Hay muchas atenuantes en su favor...

SALINAS: (Besa las manos de la mujer.) Para entonces seríamos inmensamente ricos.

ESTÉVEZ: Pero necesitamos saber algunas cosas sobre el opio...

KIKIS: (Retira sus manos.) Mi marido era alguien influyente, señores. No un criminal.

SALINAS: ¿Qué le dice el apellido Álvarez Machain? ¿Cree que estén conectados con el tráfico de drogas?

KIKIS: ¿Nuestro compadre Federico?

Suena el teléfono. Salinas contesta.

SALINAS: Oficina del detective Rocha. (Pausa.) Un segundo. (Grita.) ¡Fermín, te habla Sahagún!

KIKIS: Es una locura lo que dice.

SALINAS: Claro que tanto para el libro como para la película habría que cambiar nombres y su apellido de soltera para que no se pongan de anti-germanos.

KIKIS: Está usted demente.

SALINAS: Llámeme Martín, por favor, señora Kikis.

KIKIS: ¡Y a mí llámeme Señora Korkueremburg de González Treviño...!

Rocha sale precipitadamente abrochándose el cinturón. Contesta nervioso.

ROCHA: ¡Jefe! (Pausa.) Sí, señor, el periodista, sí, Martín Salinas... (Pausa.) No, no, en absoluto. (Hace un gesto a Salinas para que se vaya.) Sólo vino a recoger su sobre semanal pero ya ahuecó, no se preocupe.

SALINAS: (Da a Kikis una tarjeta.) Mis números. De cualquier manera yo la buscaré. KIKIS: ¡Gracias por su interés!

ROCHA: (Empuja a Salinas para que salga al fin.) También vino cazando noticia fresca y de hecho por eso le hablé primeramente a usted... (Pausa.) Va a tener una gorda para el Subsecretario. (Pausa.) No, pues buena, muy buena: cayó la asesina... La que mató a Celestino González Treviño. (Pausa. Comienza a nacer una sonrisa que no le cabe en el rostro.) La arrestamos recién. (Pausa.) Kikis Korkueremburg de González... Sí, una de las dos mujeres del difunto, la legítima... (Al oír esto, la Kikis rompe en llanto.) Sí, mi Comandante, oh, ya sabe: se agradece el comentario... (Pausa.) Móvil pasional, se infiere... (Pausa.) No, lo del tráfico de opio es otra cosa... (Pausa.) El caso de las cajas de camotes, sí... (Pausa.) El único enigma por resolver es el paradero de la cabeza pero ahorita vamos a interrogar apenas a la homicida. (Pausa.) No, claro, usted y el Subsecretario serán los primeros en saberlo... (Pausa.) ¡Cómo no, así mismo será, con cortesía...! (Pausa.) En cuanto aparezca la cabeza... (Pausa.) Hasta luego y usted sabe, cuenta conmigo... ¡Bien, bien, cómo no! (Cuelga.) ¡Adiós!

KIKIS: ¿La cabeza? ¿Qué cabeza?

MARTÍNEZ: Pss..., la de su marido.

KIKIS: ¿De qué hablan?

ESTÉVEZ: De que usted lo degolló, claro está.

KIKIS: ¡¿Qué?!

MARTÍNEZ: Que le cortó la cabeza a su esposo.

KIKIS: ¿Es una broma verdad?

ROCHA: No, no lo es.

MARTÍNEZ: (Le muestra una foto.) Aquí está la fotografía del cuerpo.

La Kikis se desmaya momentáneamente. Estévez va por agua al baño y Martínez le da palmaditas cada vez más salvajes en las mejillas. Estévez arroja un recipiente pequeño con agua al rostro de la Kikis. Ésta comienza a reaccionar. Rocha la mira angustiado.

ROCHA: Señora Korkueremburg..., dígame: ¿dónde puso el cráneo de Celestino González Treviño?

KIKIS: Pero si yo le puse veneno...

ROCHA: ¡¿Cómo?! ¿Cuál veneno?

MARTÍNEZ: ¿Y la maceta de Don Celes?

KIKIS: ¡¡Sí, yo cambié las píldoras que tomaba para el estómago, un laxante!!

ROCHA: (Se agarra la cabeza.) ¡No puede ser, carajo!

KIKIS: Era arsénico.

ROCHA: ¡Qué manera de cajetearla, de veras!

MARTÍNEZ: ¿Quiere que lo vuelva a comunicar con el Comandante?

ROCHA: ¡Pues ya qué! (Se derrumba en la silla del escritorio.) ¡Esto se acabó!

Estévez sale con Kikis. Martínez comunica a Rocha a una conversación acalorada que no oiremos. Martínez sale.

VOZ EN OFF: Para el teniente Fermín Rocha, el caso Don Celes estaba complicándose demasiado. La llegada de un reportero del New York Times para investigar el asesinato de un cabaretero y traficante de narcóticos estaba preocupando a altos personajes de la política.

En la Redacción del Periódico, Salinas trabaja sobre su fiel máquina de escribir Remington.

VOZ EN OFF: En El Rincón de las Brujas estaba por llevarse a cabo una espontánea reunión de las principales herederas del imperio Don Celes. El recelo,

el rencor y la posibilidad de una confrontación parecían factores que preocupaban a las dos mujeres que amaron en vida al capo Celestino González Treviño...

SALINAS: (Escribe y lee, casi deletreando.) "...a quien años..., más tarde se cono..., se conocería por el alias de...: 'El Camotero Loco'".

Sin desaparecer la Redacción se ilumina el congal cerrado. Una Sombra desaparece por la alcantarilla que hay en mitad de la pista de baile. El Saxofonista-Mudo toca "Al pasar de los años" de la película Casa Blanca. En su oficina, Salinas tararea la misma melodía.

SALINAS: (Escribe.) "La presunta asesina de origen germano metió arsénico en las medicinas intestinales..." (Mueve negativamente la cabeza.) No, suena escatológico. ¿Cómo se le ocurrió a esta apretada lo del laxante? (Borra. Escribe en silencio. Lee.) "Colocó el arsénico dentro de una píldora..." (Borra. Continúa.) "En pequeña cápsula del puente dental de su marido."

En la oficina de Rocha está éste cotejando huellas dactilares.

VOZ LUPITA: (Por un interfón.) Teniente, el comandante Sahagún quiere verlo... ¡Oiga, espere...!

Entra precipitadamente el Comandante Sahagún con cara convulsionada por la ira.

ROCHA: Está bien, Lupita, el jefe tiene prisa.

COMANDANTE: ¿Por qué tienes que engañarme? No seas pendejo, Fermín. ¿Cómo que resuelto? En serio no te pases de pendejo. (Rocha intenta responder.) ¿Sabes la pinche presión que traigo arriba del lomo?

ROCHA: Lo imagino.

COMANDANTE: ¿De verdad la agarras?

ROCHA: Me queda muy claro, jefe.

Rocha le ofrece un cigarro a su jefe que se lo rompe en las narices.

COMANDANTE: Que me hayas conseguido esa nalguita el otro día... (Toma del cuello a Rocha.) En serio, esto es confidencial. (En secreto.) Este caso sonaba de otra manera: asesinato simple, celos, qué se yo... ¡¿Por qué estaba ese pinche periodista en tu oficina mientras el interrogatorio?!

ROCHA: Acababa de llegar cuando usted llamó. Yo había entrado al baño.

COMANDANTE: El Subsecretario me acaba de recomendar "especialmente" el caso Don Celes y tú sabes lo que la palabrita significa. Me pidieron que te deje fuera. (Alza la mano para que Rocha detenga lo que va a decir.) ¡Cabrón, necesito que te pongas las Eveready pero ya! Muchos errores, ¿la agarras?

ROCHA: ¡Lo sé!

COMANDANTE: ¡La XEW nos ha estado tirando de mierda!

ROCHA: ¡Lo sé!

COMANDANTE: ¿Quieres el caso?

ROCHA: Por supuesto.

COMANDANTE: Estamos en un pedote, ¿La agarras?

ROCHA: En unas horas dan los informes del forense.

COMANDANTE: (Transición. Por la secretaria.) Oye, la Lupita está como más, como mejor..., ¿no?

ROCHA: ¡Ey! (Pausa.) ¿A poco no estuvo de poca madre la Estelita el otro día?

Silencio del Comandante que al fin sonrío. Se rasca la cabeza y da un golpe amistoso a Rocha.

COMANDANTE: No, en serio, no la chifles porque es cantada, cabrón. Parece que de los papeles del pinche chino que resultó japonés involucran a varias gentes de muy arriba. ¿La agarras? (Toma paternalmente a Rocha de la nuca.) Pura gente de las grandes ligas... Están metidos los ojotes en un problema medio regular.

ROCHA: Y 'ora sí se les ofrece que los jodidos de acá les echemos la mano, ¿no?

COMANDANTE: No quiero ver a Salinas cerca de ti o te dejo fuera.

ROCHA: Entiendo.

En El Rincón de las Brujas el Saxofonista-Mudo termina de tocar, guarda su instrumento y sale.

COMANDANTE: Si la hacemos bien y sacamos del apuro al Subsecretario, en serio Rocha, nos va a ir como nunca hemos soñado. ¿La agarras? (Pausa.) Si la cajeteamos no habrá Ford cuarenta y tres que con sus ocho caballos nos haga huir lo suficientemente rápido de la ira del Subsecretario. Nos la dejan "Irineo". ¿La agarras? (Pausa. Asiente Rocha.) ¡Métele, Rocha, en serio!

ROCHA: No lo voy a dejar colgado de la brocha.

COMANDANTE: Tienes 36 horas para encontrar la cabeza de Don Celes.

ROCHA: Ya verá.

COMANDANTE: (Inicia mutis.) Confío en ti, pero el Salinas ese es un amarillista de porquería. Cuando cubría políticas era un cerdo comunista, ¿no es cierto?

ROCHA: ¡Cómo cree! Es buen elemento y sus informantes no los tengo en...

COMANDANTE: (Se encoge en hombros.) Bueno, a mí me surra el compadre ese y lo sabes. Fíjate y no se les escurra la tinta a los reporteros. No conviene ahorita.

ROCHA: Yo respondo.

COMANDANTE: Me voy. ¡Abre los ojos, cabrón, no quiero sorpresas! Tengo una junta con el licenciado Álvarez Machain en un rato.

ROCHA: Lo tendré al tanto. La cabeza tiene que aparecer en un lado u otro.

COMANDANTE: Fíjate también en la tal Davah esa. (Finge que fuma marihuana y aguanta un tanque.) Y dile a tu amiguito Salinas que se cure esa "laringitis". ¿La agarras?

ROCHA: Claro.

Sale el comandante. Rocha prepara unos papeles, los mete en un sobre y sale con ellos. Camina por una calle de luz, cabismundo y meditabajo. Salinas sigue escribiendo. En otra zona en penumbra se distingue apenas un teléfono público. La sombra del Saxofonista-Mudo marca un número. Suena el teléfono. Salinas que deja de escribir a máquina y contesta.

SALINAS: (Masca chicle.) Redacción...

SAX-MUDO: ¿Martín Salinas?

SALINAS: Servidor.

SAX-MUDO: No pierda su tiempo con las mujeres, ninguna de ellas fue...

SALINAS: (Con premura toma libreta y pluma.) ¿Quién habla?

SAX-MUDO: Ellas no son las culpables, de verdad.

SALINAS: Las mujeres "siempre" son culpables., amigo

SAX-MUDO: Allí usted... Necesito colgar... Pero yo que usted buscaría entre los asesores del señor presidente..., quizá don Maximino...

SALINAS: ¡¿El hermano del señor presidente?!

SAX-MUDO: Pregunte por sus subalternos, quiénes han sido sus gentes de confianza. SALINAS: ¿Qué quiere decir con eso?

SAX-MUDO: Se sorprenderá, le aseguro. Siempre existen sujetos dispuestos a lavar la ropa sucia aunque sea ajena.

SALINAS: Deme su nombre, por favor...

SAX-MUDO: Por ahora es todo...

SALINAS: No voy a develar su identidad...

SAX-MUDO: Olvídelo.

SALINAS: No lo pienso involucrar.

SAX-MUDO: Eso dicen...

SALINAS: ¡Se lo juro!

SAX-MUDO: ¡Espere otra llamada!

Cuelga. Sube el cuello de su gabardina para ocultar el rostro y sale.

SALINAS: ¡Espere..., oiga, señor..., no puede colgar...!

Rocha entra a la redacción.

ROCHA: ¡Qué cara traes!

SALINAS: No menos preocupante que la tuya. Acompáñame, te invito unos tacos, necesito reflexionar.

ROCHA: ¡Vamos, no he comido!

SALINAS: (Hurga en sus bolsillos.) ¡Ah! ¿Traes billetes?

ROCHA: (Le da un golpe amistoso.) Pinche Martín, siempre haces lo mismo.

SALINAS: Lo mismo de qué. Eres bien exagerado, verdad de Dios.

Salinas y Rocha van saliendo de la redacción del periódico cuando llega un Reportero muy apurado. Se sienta ante una máquina y, a voz en cuello, suelta la noticia.

REPORTERO: ¡Mataron al Subsecretario Álvarez Machain!

SALINAS: ¿De veras?

REPORTERO: Los forraron de plomo por Peralvillo.

SALINAS: ¿Los?

REPORTERO: Al escolta y a un periodista recién llegado de Nueva York.

SALINAS: El del New York Times seguramente.

REPORTERO: ¡Sepa! El Comandante Sahagún fue el único que se salvó.

ROCHA: ¿Está bien el Comandante?

REPORTERO: Sí, no le pasó nada. Quezque un rozón nomás. Iba apenas a rendir su declaración preparatoria.

SALINAS: ¿Lo entrevistaste?

REPORTERO: No lo dejan hablar con nadie.

ROCHA: ¿Quién fue?

REPORTERO: Un tipo con apariencia extranjera, parece. Como alemán, quezque de la Gestapo. Con una Thompson de cargador circular.

SALINAS: En el más genuino estilo Capone.

REPORTERO: Me gusta. ¡Gracias, Martín, no tenía cabeza para la nota! (Escribe.)

“En el mas genuino estilo Capone, fue asesinado el Subsecretario Álvarez Machain...”

ROCHA: ¿De qué cabeza hablas, hijo?

SALINAS: (Jala a Rocha.) Vámonos.

ROCHA: Pero, ¿a qué cabeza se refiere?

SALINAS: Primero vamos por los tacos.

ROCHA: No, que me aclare...

SALINAS: (Inician mutis.) Olvídalo, es argot periodístico.

ROCHA: Mejor voy con el Comandante Sahagún.

SALINAS: ¡Oh, tranquilín Fermín, ahorita ni le sirves de nada frente al M. P. y necesitamos pensar.

Caminan por la calle de luz. La redacción ha desaparecido aunque escuchemos unos momentos más el tecleo del Reportero. Se cruzan con el Saxofonista-Mudo que levanta su gabardina.

ROCHA: (A Salinas.) Yo conozco a ese cuate. ¿De dónde, la cosa es de dónde?

SALINAS: (Ríe.) Yo me la fumo... "la laringitis", digo, y a ti te hace efecto.

ROCHA: Lo interrogué, recuerdo la cara.

SALINAS: Vamos, cuántos quieres.

Llegan frente a un puesto con un letrero que dice "Tacos de cabeza, lengua, oreja y ojo". Salinas come ávidamente y Rocha con evidente desgano. El Taquero corta carne y despacha.

SALINAS: Quién te viera tan sin filo.

ROCHA: Se está poniendo cabrón esto de la cabeza...

SALINAS: ¡Oh, pues, chínguese otro taco de la "idem" a ver si se le ilumina!

ROCHA: Hablo en serio, Martín. Hay algo podrido. Me siento burlado.

SALINAS: ¿Y del laboratorio?

ROCHA: ¿Los cabellos en la mano del muerto?

SALINAS: ¡Ey!

ROCHA: Nada..., todavía...

SALINAS: ¡Oh, ni se me angustie! La choya esa debe aparecer.

ROCHA: Debe estar muy bien guardada.

SALINAS: A mí, neto, me preocupan más otras cosas que no checan.

ROCHA: Maldito periodista. Debería hacerle caso al Comandante y mandarte a la jodida.

SALINAS: (Chupa un limón y eructa.) Tranquilín Fermín, pérate tantito. (Se limpia la boca con la manga de su saco.) Echale cabeza. (Pausa.) ¿Quién ganaría y qué, desapareciendo ese cráneo? Cuando los mafiosos ajustan cuentas prefieren dejarlas claras.

ROCHA: Por eso: si fuese el cuerpo del tal Don Celes, ¿para qué ocultar la cabeza? ¿Cuál es el móvil?

SALINAS: Raro, ¿no crees?

ROCHA: Las dos mujeres de Don Celes reconocieron la..., otra..., parte del cuerpo. (Ríe.) Y mira que son opiniones autorizadas.

SALINAS: ¿Está encubriendo a un caca grande?

ROCHA: ¿A dónde quieres llegar, pinche periodista?

SALINAS: (Con la boca llena.) A lo del "señor" Subsecretario... La conexión parece obvia. Don Celes y él se conocían. ¿Quiénes están detrás de los dos crímenes? Lo de verdad interesante es pensar en ¿quién, hasta arribota, muerto de risa, ordena los hilos de los títeres?

ROCHA: Y lo que dijo el Chino de los gringos...

SALINAS: Japonés, no chino. (Pausa.) Ora tenemos que sumar al presunto ario, al "asesino de la Gestapo".

ROCHA: Oye, ¿te acuerdas de la encontradora de cosas, la telépata que me contaste, la medium rusa?

SALINAS: Sí, sí..., judío-polaca, po-la-ca. Doña Malkah.

ROCHA: ¿Crees que sería capaz de encontrar la cabeza?

SALINAS: Te burlaste. Dijiste que andaba mafufo.

ROCHA: ¡Pacheco, te dije pacheco, no mafufo!

Rocha va a llevarse un taco a la boca pero termina por dejar el plato frente a él, pensativo. Salinas toma el plato de su amigo y devora el contenido.

ROCHA: Opio, espías japoneses, gangsters del Tercer Reich, amantes celosas y cargadas de rencor, gringos camoteados..., y el asesinato..., los...

SALINAS: Un periodista muerto... ¡Lotería!

ROCHA: ¿Qué chingaos tenía que hacer un colega tuyo del New York Times

cubriendo el caso de un hampón muerto?

SALINAS: (Con la boca llena.) Esto suena más choncho de lo que te dijo tu jefe Sahagún. Hay algo más que opio y nalgas bonitas en esta historia. Con la muerte del Subsecre el móvil político se abre. (Pausa.) No, ni a lotería llegamos porque falta la carta de la mano negra, de quien no vemos el rostro. ¿No te parece?

ROCHA: El pinche Don Subsecretario... (Pausa. Se rasca la cabeza.) Vaya un muertito llamativo.

SALINAS: ¡Ah! (Muerde el taco.) No te lo mencioné pero me hicieron una llamada anónima al periódico, un hombre con voz ronca.

ROCHA: ¿Un pitazo?

SALINAS: Que las mujeres no fueron y que buscáramos en las altas esferas de la política. Te digo, esto apesta más. (Pausa.) Y, por cierto, te liqué como mirabas a la Lady Davah, ¿eh?, ni creas que no. (Muerde el taco.) El tipo del teléfono hizo referencia a secretarios de estado y a don Maximino, el hermano del presidente. Eso me desconcierta pero no sería de sorprender. Tiene larga cola que le pisen.

ROCHA: ¿Por qué no me habías dicho todo esto, recabrón?

SALINAS: Tenía hambre y quería comer antes de seguir tus apresurados pasos.

ROCHA: ¡Qué poca mauser, pinche Salinas! (Se limpia los dientes con un palillo.) Maximino, el hermano incómodo. (Pausa.) Por lo pronto a ti te quieren fuera del asunto...

SALINAS: (Pausa.) ¿Quién: el Comandante Sahagún? ¿Te has preguntado -dado que sabes el chingo de armas- por qué salió con un pinchurriente rasguñito tu jefe de una rociada de la Thompson?

ROCHA: ¿Vienes mariguano?

SALINAS: Francamente da hartas cosas en qué pensar tanta suerte del señor Comandante. ¿No sabía de mi colega gringo como pa' informarte? Despierta, Fermín.

ROCHA: Lo más lejos que te pueda tener periodista. (Pausa.) Necesito saber de la cabeza...

SALINAS: Igual y con una navajita te fabricas un rozón de bala bien "auténtico".

ROCHA: ¡Pendejo! (Pausa.) Quiero ver a la medium.

SALINAS: Sería cosa de una cita.

ROCHA: ¡Ahorita!

TAQUERO: (A voz en cuello.) ¡Tacos de ojo, lengua oreja y cabeza! ¡Pásele a los tacos!

ROCHA: (Saca su pistola y apunta al Taquero.) ¡¿Cuál cabeza, dónde está?!

SALINAS: (Le quita el arma.) ¡Cálmate, carajo!

TAQUERO: Sólo decía de los taquitos, jefe... La casa se los invita...

Rocha se mesa los cabellos intentando calmarse. Termina de un trago su cerveza, bebe de la de Salinas y mete un billete en la camisa del Taquero.

ROCHA: Ando muy nervioso.

TAQUERO: ¡Me espantó, mi teniente, se pasa de veras!

SALINAS: Mejor vámonos.

Regresan a la calle de luz. Caminan. Rocha trae la cerveza de Salinas.

ROCHA: Me lleva, Martín, necesito que me ayudes, pero no puedo tenerte cerca. Me estoy volviendo loco.

SALINAS: (Se limpia los dedos en el pantalón.) ¿Y quién le va a decir a Sahagún, (imita) ¿la agarras?

Rocha toma el último trago de la cerveza y arroja la botella que se rompe estrepitosamente.

ROCHA: Igual eso me vale sorbete. Lo que me preocupa es la maldita cabeza. La tenemos que recuperar para ayer.

SALINAS: Vamos, pues, con la gran Malkah. (Ante la mirada incrédula de Rocha.) ¡Funciona, en serio!

ROCHA: (Se toma la cabeza.) Debo estar loco para pedirte esto pero ya no pierdo nada. el tiempo se acabó.

SALINAS: ¡Es la pura telepatía la que maneja la polaca! (Pausa.) Costara unos cincuenta o cien del águila, eso sí: resulta caro.

ROCHA: ¿Telepatía? ¡Tele mis güevos! Ya te chopiaste, por ésta.

SALINAS: ¡Oh, bueno, pues, como tu quieras!

Entra Estévez. Rocha lo ve espantado.

ROCHA: ¿Qué novedades hay, Estévez? (A Salinas.) Adelántate. Déjame la dirección.

SALINAS: (Apunta.) Sobre San Juan de Letrán, ya para llegar a Garibaldi.

ESTÉVEZ: Qué bueno que lo encuentro, el Comandante está que se lo lleva la mierda y lo quiere ver a las diez de la mañana en punto. En su oficina, teniente.

ROCHA: Bien, te espero a las siete de la mañana. Avísale a Martínez para que se reporte.

ESTÉVEZ: Al gandul de Martínez le hubiera molestado mucho toparse al periodista con usted.

ROCHA: No lo comentes.

ESTÉVEZ: ¡No se escame, jefe, yo no soy Martínez! ¡Ah, por cierto, le habló por tercera vez la tal Lady Davah!

ROCHA: ¿Dejó algún número?

ESTÉVEZ: Ella lo va a buscar, dijo. Seguro tiene información. Parece ser algo de Álvarez Machain y Don Celes.

ROCHA: A Martínez ni palabra. Anda de oreja con Sahagún.

ESTÉVEZ: ¡Desde cuándo! Pero yo lo cubro, teniente. 'Ire: pico de cera.

ROCHA: ¿Chin chin si no?

ESTÉVEZ: ¡Cámara, chin chin!

Salen. Se ilumina una lúgubre sala de espera, mascando chicle, Salinas pone un Bach o un Schubert en un fonógrafo. Va de un lado a otro lentamente mientras escucha. Entra Rocha con el sombrero dando vueltas entre las manos.

ROCHA: ¡No friegues, Martín, vámonos! Estas son mafufadas...

SALINAS: ¡Aguanta, aguanta tantito! ¡Tranquilín, Fermín!

ROCHA: Mira, Salinas.

SALINAS: ¡Qué pues, Rocha!

ROCHA: (Se le avalanza.) ¡Cálmate, puto...!

SALINAS: Es que sonamos a anuncio de tienda, güey. ¡Salinas y Rocha, no es mi culpa!

ROCHA: Esta bruja no nos va a hacer la valona, Martín.

SALINAS: Aguanta, te digo, ahorita viene. (Pausa.) Oye, por cierto, dame los morlacos de una vez.

ROCHA: ¡Oh, que la...!

SALINAS: Escúchala cuando menos. La idea de visitarla no fue mía. ¿Recuerdas?

ROCHA: Hasta te invité los tacos.

SALINAS: Será mejor que yo le pague. Ella me conoce y confía en mí.

ROCHA: Pero yo ya no te creo un carajo, periodista.

SALINAS: (En secreto. Mientras cuenta el dinero.) Ella y su familia huyeron de Polonia en noviembre de hace dos años. Al rato de que entraron los nazis. Se salvaron por un pelito.

ROCHA: ¿Su estancia en el país es legal?

SALINAS: ¡Por supuesto! Es toda una señora. (Tararea la música.) Sus dos hijos están en campos de concentración. Bueno, no sabe bien a bien si todavía...

Entra Malkah quien ya no es ni joven ni guapa aunque lo fue. Rocha se queda arrobado por la Medium.

MALKAH: ¡Señiorrr, Don Martín, que la trae porr acá!

SALINAS: (A Rocha.) Dame el mechón de pelo, Fermín. ¡Perdón, Malkah por llegar a estas horas, él es mi amigo Fermín!

MALKAH: ¿De la policía? Lo he de haberrr leído porrr allllí. (Silencio.) A lo mejorrr la soñé en la siesta de después de la comida. ¡Mucha gusto teñiente Rrocha!

ROCHA: Esto es parte de una evidencia. (En voz baja, a Salinas.) ¿Cómo supo?

Salinas hace gesto de que se calle. Rocha entrega un mechón de pelo a Malkah. Esta lo ve en dolido silencio. Asiente y se pone a buscar instrumentos en un cajón.

MALKAH: (Mueve negativamente la cabeza.) Grrrave cosa, sin duda tráe entrre las sus manos. Puedo sentirr las vibraciones mucho fuerrrte.

SALINAS: ¡Una localización, jefecita!

MALKAH: ¿Historrria trrriste?

ROCHA: Carnes frías.

MALKAH: ¡Ah, vaya! (Se persigna.) Serrá prrudente entonces esperrrar alguna señal..., irrrr con cuidatos..., rrrespetarrr ausentes...

Malkah saca un péndulo y amarra el mechón de cabellos a él. Malkah vive con absoluto convencimiento cada movimiento que realiza. Da a Salinas un mapa de la ciudad de México que éste extiende sobre una mesa. Rocha los ve molesto, incrédulo, no sé cómo.

ROCHA: No hagan chistes.

MALKAH: Ustet quite esa música. No estamos en festejo.

ROCHA: (Quita la música.) Pero por favor, ¿no va a buscar con ese péndulo?

MALKAH: ¡Ah! ¡Qué buena, señororr Rrocha, ¿ustet trrrae una mejorr péndula?!

ROCHA: No, no es eso.

SALINAS: Aguanta, ¿ok.?

MALKAH: ¡Comencemos!

Después de unos momentos la Medium se concentra. Comienza a tararear una canción ritual mientras frota el mechón de cabellos de Don Celes y el péndulo con sus manos.

SALINAS: Respeta la ceremonia.

ROCHA: No he dicho esta boca es mía.

MALKAH: Prropícienos, grrrandes espírritus, socorrrrranos. Guienos al parraderrro de tan sangrrriente objeto.

Pasa el péndulo sobre el mapa y cuando la melodía llega a un punto climático, la Medium abre los ojos y clava su mirada en los ojos de Rocha. Este se espanta. Malkah pone un dedo sobre el mapa.

MALKAH: ¡Aquí, Niño Perrrdido y Calzado de los Misterios!

SALINAS: Muy bien.

ROCHA: ¡Momento!

SALINAS: ¿Qué?

ROCHA: Esas calles nunca hacen esquina y jamás se juntarán.

SALINAS: ¡Oh, oh...!

ROCHA: (Desdobra el mapa.) Escucho pues. ¿Dónde está el chiste, Martín?

MALKAH: (Señala condenatoriamente a Rocha.) Na ponga trrrrampas indecorrosas.

ROCHA: Señora, al grano, ¿puede localizar lo que buscamos? ¿Sí quiera sabe lo que buscamos o no?

MALKAH: (Un escalofrío la recorre y se agarra la cabeza.) La linda cabeza separrrada de su cuerrrpo que tanto necesarria es, según perrrcibo, camina mucho...

ROCHA: ¡¡¡¿Como diablos supo que se trata de una cabeza?!!!

SALINAS: De la misma manera en que supo sin que yo le dijera que eres teniente de la policía judicial, por ejemplo.

ROCHA: Eso lo pudo leer en los periódicos, salió en todos.

MALKAH: ¡Detective Rrrrocha, podemos perrrderrr mucha tiempo!

SALINAS: (A Malkah.) Supongo que cometí un error al traer a este patán a su casa, discúlpeme, Malkah.

MALKAH: No se pueden irrr. Tanto el teñiente como ustet, Marrrtín, corren mucho peligra. Lo siento en muy clarrrramente.

ROCHA: Está bien, le creo, pero ¿qué hacemos?

MALKAH: Hoy ya es tarrnde y yo lamenta muchíiiiisima perrro necesito dormirrr. No me consentrrrarría.

ROCHA: Pero no entiende la prisa.

SALINAS: Perfecto. ¿Mañana temprano?

MALKAH: Yo despierrrrta a cinco de la mañana.

SALINAS: Aquí estaremos.

MALKAH: ¡No, no no, no! Ustedes mañana en el automóvil y la vamos a

encontrrrrrrr. Yo aquí casa y ustedes hablarr al telefona.

ROCHA: (Sale.) ¡Vale bolillo!

Salen a la calle de luz. En El Rincón de las Brujas vemos salir a la Sombra acompañada del Saxofonista-Mudo por la alcantarilla. Malkah trabaja con su péndulo sobre el mapa. Una calle desierta en penumbras. Amanece muy lentamente.

VOZ EN OFF: La clase política revolucionaria estaba conmocionada por los violentos acontecimientos. El recién formado "partido de estado" parecía contar con más fisuras de las imaginadas. Nubarrones de una devaluación sacudían las esferas de la naciente y pujante industria mexicana. Quizá por todo ello el país necesitaba de algo que superara la espectacularidad de una expropiación petrolera. Por fortuna llegó la posibilidad de participar heroicamente en la segunda guerra mundial con nuestro legendario Escuadrón 201. El nacionalismo disipó rápidamente cualquier expectación en torno de la cadena de crímenes que venía asotando a la ciudad de México.

El Saxofonista-Mudo cruza por la calle y choca con Rocha que va entrando. Hay disculpas breves y el primero sale. Rocha va hasta un teléfono y descuelga en el momento en que entra Salinas.

SALINAS: Pues aún nada.

ROCHA: (Marca.) Tú y tu pinche medium polaca. Nos trae como calzón de puta. Esta noche hemos conocido en serio de la Guerrero a la Roma y no es ni lujo ni privilegio.

Suena el teléfono junto a Malkah.

MALKAH: Bueneno...

ROCHA: ¡Aquí Rocha, ¿tiene algo nuevo?!

VOZ EN OFF: El tiempo se agotaba y Fermín Rocha lo sabía. De no resultar su último y desesperado intento por hallar la cabeza perdida tendría que dejar el

Caso Don Celes y muy posiblemente su placa de policía judicial.

MALKAH: Es mucho rrrarro que no encontrarla. Aquí se ve clarramente aspectada en esa zona de enerrgía.

ROCHA: ¡Estoy harto de esta tomadura de pelo, ¿me entiende?!

SALINAS: (Le arrebató el aparato.) No se aflija, Malkah, habla Martín.

MALKAH: ¡ Ah, mucho bueno, ya cansó el señorrr Rrrrocha, con sus grrritas que no deja concentrarr.

SALINAS: Inténtelo, Malkitah.

MALKAH: Su cabeza caminarrr demasiado.

SALINAS: ¿Cómo que camina? No entiendo nada.

ROCHA: Ya cuélgale a la lunática y larguémonos. Tengo junta con Sahagún en un par de horas.

Atraviesa nuevamente el Saxofonista-Mudo. Se detiene junto a Rocha con un cigarrillo en la boca. La Sombra se queda a distancia y se desplaza paralelamente con el Saxofonista-Mudo.

SAX-MUDO: Perdone, ¿tendrá de casualidad un fósforo?

ROCHA: (Le da fuego.) Con gusto.

MALKAH: (En trance extático.) ¡Ahí, ahí está! La prrrroximidat es sorrrrrrendente... Lo puedo sentirrr...

SALINAS: Sea más explícita, por favor...

SAX-MUDO: Gracias.

ROCHA: No tiene porqué.

Salen el Saxofonista-Mudo y la Sombra y automáticamente la energía de Malkah se agota.

MALKAH: Lo estoy perrrriendo... La siento mucha, Marrtín, no se que me pasa hoy.

SALINAS: No se preocupe, lo intentaremos por la tarde otra vez. Marco como a

las cuatro.

MALKAH: Sí, si fuese usted tan gentil, Marrtín.

La luz se desvanece en el área de Malkah. Salinas se encoge en hombros ante la mirada inquisitiva de Rocha. Comienza a caminar éste viendo al piso y arrastrando los pies.

ROCHA: ¡Ya me la pelé, mierda!

SALINAS: No exageres

ROCHA: (Lo toma del cuello violento.) ¿Qué no entiendes que mi tiempo terminó?

SALINAS: ¡Suéltame, policía!

ROCHA: (Lo suelta.) Eres un pendejo mascachicles..., y yo un imbécil. SALINAS: Sahagún quiere tronarte del caso...

ROCHA: Tira tu puta goma de mascar.

SALINAS: ¿Por qué, porque eres un marrano con charola?

ROCHA: Te lo advierto.

SALINAS: También le tienes miedo al periodista como tu puerco jefe. Su hocico está metido en este asunto y no lo quieres ver.

ROCHA: Que lo tires.

SALINAS: Allá tú si quieres encubrir a los asesinos, Fermín. Yo si tengo hambre de conocer la verdad.

Rocha le da un puñetazo en el estómago a Salinas que se hinca sin aire. Tiene algunas convulsiones y vomita.

ROCHA: ¡Mi problema eres tú, periodista! ¡Me tienes hasta los güevos!

Salinas sigue vomitando. Rocha lo pateo al tiempo que entra Martínez y lo detiene abrazándolo por detrás.

MARTÍNEZ: ¡Aliviánese, teniente, no se manche las manos!

ROCHA: (Se detiene y arregla sus ropas.) Tienes razón, Martínez.

MARTÍNEZ: Yo le doy al changuito cilindrero, lo hago por usted.

ROCHA: No jodas, déjalo que se vaya.

MARTÍNEZ: Ya llegó el Comandante Sahagún a su oficina.

ROCHA: (Señala amenazante a Salinas que se termina de levantar.) Cruza los dedos para que conserve el trabajo, si no..., nos veremos...

Salen en una dirección los policías y en otra Salinas lentamente. En la oficina de Rocha, Estevez termina de vendarle un hombro al Comandante. Entran Martínez y Rocha.

COMANDANTE: Como ven, se necesitan más de dos tompiates para dar de baja a Federico Sahagún. ¿La agarran?

ROCHA: ¿Quién fue?

COMANDANTE: (Se encoge en hombros pero le duele intensamente la herida.) Un monote güero como de éste pelo.

ROCHA: Gringo o alemán, posiblemente.

COMANDANTE: Ve tú a saber.

ROCHA: Alguien que no quiere que se resuelva el caso Don Celes, eso seguro. Alguien que no quizo arriesgarse a que las cosas llegaran más lejos y lo embarraran de mierda.

COMANDANTE: ¡Qué chinguetas! Si para inventar mamadas se pintan solos, verdad de Dios. (Pausa.) Si lo dices por el licenciado Álvarez Machain, para nada estaba en esos trajines. Era un político intachable. ¿La agarras?

MARTÍNEZ: No creo que el Sub haya sido un lindo pajarito. Hay qué rascar y va a salir pronto...

COMANDANTE: (Como si se fijara por primera vez en Martínez y Estevez.) Fermín, mándame mucho a la chingada a estos dos idiotas. No los quiero ver rondando por aquí, zumbando como mosquitos.

ESTÉVEZ: No se incomode.

COMANDANTE: Te voy a incomodar el culo a patadas, ya verás.

ROCHA: (Se interpone.) Ya se van, jefe, no se irrite. (A los otros dos.) Nos vemos luego.

Salen Martínez y Estévez. El Comandante se tranquiliza.

COMANDANTE: Estás fuera, Fermín. ¿Leiste lo que escribió hoy tu amigo el periodiquero? Y no pienses en seguir investigando ni madre. ¿La agarras?

ROCHA: No me chingue, jefe. Estamos trabajando en serio.

COMANDANTE: Dame la placa y tu pistola. (Silencio.) ¿Buscando la cabeza de Celestino González con la guía de una medium?

ROCHA: ¿Quién le dijo?

COMANDANTE: ¿Conque consultas brujas y rete elegante porque la asesoría es telefónica?

ROCHA: ¿Martínez? Porque Estévez sería incapaz.

COMANDANTE: (Le palmea la espalda.) Ni te quiebres la cabeza. De seguridad nacional, te han estado siguiendo. Ellos me informaron. El mismo presidente, vía el Secretario de Gobernación, pidió que el Caso Don Celes pase a una comisión especial. (Pausa.) Todo eso gracias en buena medida a tu amiguito periodista.

ROCHA: He adelantado mucho.

COMANDANTE: Estás fuera. ¿La agarras? No es nada personal, Fermín y sí, porque te vieron la cara y ni enterado.

ROCHA: Los nexos de Álvarez Machain con Don Celes son claros y lo sabe.

COMANDANTE: (Entrega un ejemplar del diario a Rocha. Grita.) ¡Y por lo que afirma Martín Salinas, Don Celes no está muerto! (Toma el periódico y lee.) Pero no sólo eso: "Resulta más que misterioso que el único sobreviviente del fatal atentado sea el Comandante Federico Sahagún de la judicial federal." ¿La agarras? ¿Y qué es eso de involucrar a don Maximino? "El hermano incómodo", dice, esos sí son golpes bajos, bajísimos. No te sorprenda que no quieran mucho al tal Salinas a partir de hoy.

ROCHA: No imagino como... Gordo hijo de puta.

COMANDANTE: ¿Siquiera te avisó que lo iba a publicar? (Rocha niega con la cabeza.) Te usaron, Fermín. Te la dejaron "ireneo". ¿La agarras? Tu gran amigote...

Suspira el Comandante y señala a la puerta.

COMANDANTE: ¡Qué buen culo tiene la Lupita! (Rocha no contesta.) Me dijeron que andas muy interesado en la tal Lady Davah.

ROCHA: No me he metido con ella. (Silencio.) Comandante yo...

COMANDANTE: ¡Cállate! (Silencio.) ¿Tiene un lindo coño, eh, Fermín? Dicen que es todo un bombón. ¿Ya lo probaste, perro?

ROCHA: Y sí, es como un sol..., un sol de invierno, que lo derrite a uno.

COMANDANTE: Me tienes que llevar a El Rincón de las Brujas para comprobarlo. (Pausa.) El Presidente Avila Camacho quiere que le informe personalmente cómo ocurrieron las cosas.

ROCHA: ¿El propio don Manuel? ¿Va a hablar con él de esto?

COMANDANTE: ¡Ey! ¿Y sabes quién es el chivo expiatorio de todas las pendejadas que han hecho?

ROCHA: Sería preferible perder la cabeza...

COMANDANTE: Por un culo como tu secretaria, ¡cómo no! (Suspira.) Cuando se calmen las cosas vemos a la Davah esa. Qué pendejo eres: enamorarte de una sospechosa de asesinato.

ROCHA: Pero..., no estoy enamorado...

COMANDANTE: (Sale muerto de risa.) Nomás no eres más topil porque no se puede. Estás fuera, ¿la agarras?

ROCHA: Ssssí..., sí, mensaje recibido.

COMANDANTE: Tómate vacaciones. ¡Ah, yaléjate del periodiquero porque te puedes salpicar!

ROCHA: Está bien.

COMANDANTE: Y tampoco te acerques a la tal Davah cuando menos por un tiempo. No vayas a perder la cabeza por ese culo.

ROCHA: ¡Cómo cree!

COMANDANTE: Mira cómo le fue a Don Celes. ¿La agarras?

Sale el Comandante. Rocha se desploma. No sabe si reír o llorar o ir al baño. Va al baño y regresa un momento después, lívido y con la cabeza mojada. En la escalera de caracol del fondo, iluminada independiente del área de la oficina,

vemos que suben el Saxofonista-Mudo y la Sombra. Rocha se sirve y toma un largo trago de una licorera de plata. Suena el teléfono. Rocha lo mira sin animarse a contestar. Cuando al fin lo hace ya han cortado la comunicación.

ROCHA: ¡Vale bolillo! (Marca un número. Espera.) Con la redacción, por favor. (Pausa,) ¡¿Martín?! ¡Ah..., con Martín Salinas, por favor! (Pausa.) ¿Cómo, cuándo ocurrió eso? (Pausa.) ¿No sabe si lo encontraré en su casa? (Pausa.) Sí, gracias. (Pausa.) Comprendo. Gracias.

Cuelga y marca otro número. Bajo un pequeño haz de luz, Salinas en la regadera. Suena la campanilla del teléfono. La Sombra y el Saxofonista-Mudo aparecen cerca del periodista y realizan una veloz instalación de algo que no acabamos por distinguir. Salinas no escucha por el ruido de la supuesta regadera. Rocha se harta y cuelga. Se sirve otro trago. Rocha vuelve a llamar. Suena la campanilla. Cuelga.

ROCHA: ¡Mierda, me puedo salpicar!

Toma un Revólver de un cajón y sale precipitadamente. Salinas cierra un momento la llave del agua para enjabonarse. El Saxofonista-Mudo y la Sombra salen.

SALINAS: (Canta.) Palmolívase y embellézcase

Palmolive suaviza su piel.

Es tan suave su rica espuma

Palmolive por eso es ideal.

Palmolive en su baño diario

Embellrece y perfuma su piel

con aceites de oliva y palma

Palmolive le da suavidad.

Salinas abre la regadera y comienza a salir un gas extraño. Entra Rocha tocando desesperadamente la puerta del departamento de Salinas. Este tose

aparatosamente mientras sale de la regadera. Se pone una toalla mientras abandona el baño.

ROCHA: (Toca frenético la puerta. Saca su pistola y la amartilla.) ¡Abre, pinche gordo ! (Golpea la puerta con todo el cuerpo. Se oyen toses alarmantes.) ¡O abres o abro a plomazos!

Salinas llega a una ventana y no logra quitar el candado que la custodia. Rocha vence la puerta y entra veloz sacando a su amigo jalado grotescamente por la cintura. La toalla que cubre el sexo de Salinas cae. Afuera del departamento Salinas y Rocha recuperan el aliento tendidos en el piso. Tardan en reaccionar. De pronto Salinas ve a Rocha y le suelta un puñetazo. Rocha le para el torpe golpe.

ROCHA: Orita te pongo la jeta para que me pegues pero primero escúchame, ¿sí, periodista?

Salinas intenta darle otro golpe a Rocha pero no da en el blanco y se lastima el puño.

SALINAS: ¡Vete a la mierda!

ROCHA: Te hablé al periódico. (Larga pausa.) Ellos me lo dijeron. (Silencio.) Martín, me mandaron a la "ga-ver", estoy fuera del caso, sin placa y casi al margen de la ley.

SALINAS: Ya estarás contento.

ROCHA: ¡Déjame hablar, carajo!

SALINAS: ¡Ok, suéltala!

ROCHA: Me retiraron del Caso Don Celes. ¡Tu pinche presencia es parte de que así sea, masca chicles!

SALINAS: (Se pone la toalla.) No seas farol.

ROCHA: En serio, me sacaron. (Larguísimo silencio. Se miran. Se sonríen.

Terminan en boba carcajada.) No, mi gordo, nos la dejaron "irineo". Lo de tú trabajo que poca abuela, ¿eh?

SALINAS: (Ríe.) Cuando llegué al diario ya me tenían hasta redactada la renuncia.

ROCHA: Perdóname lo de hoy en la mañana.

SALINAS: Todavía me duele, ¿eh, puñal?

ROCHA: Por favor, Martín.

SALINAS: Pues es algo que puede arreglarse quizá con una invitación a El Rincón de las Brujas o ya de perdida a los tacos.

ROCHA: Ya vas.

SALINAS: ¡Ah, y goma de mascar se menta!

ROCHA: Genio y figura... ¿Te veo al rato en mi oficina? Orita me lanzo rápido al forense y nos miramos en la oficina. Quiero checar unas cosas.

SALINAS: Me visto y salgo para allá.

ROCHA: Pero apresúrate.

SALINAS: Si me pagas el taxi llegó en quince minutos.

ROCHA: ¡Uta, órale pues! Y otra súplica: no te des las tres antes de venir.

SALINAS: ¡Ok!

Rocha sale. En la oficina de Rocha en penumbra aparece Lady Davah vestida muy provocativamente. Entra Rocha y se contemplan con evidentísima atracción.

DAVAH: Espero no ser inoportuna.

ROCHA: No, no, no... en absoluto... Quería verla, la iba a buscar muy pronto.

DAVAH: Parece que me le adelanté, "capitán".

ROCHA: (Cierra la puerta y enciende la luz.) ¿Tenía mucho esperando? (Ella niega con la cabeza. Ofrece una copa a Davah.) Brindo por ello agradecido.

DAVAH: (Bebe. Sonríe. Apaga la luz.) Pero ¿qué no está prohibido beber en horas de servicio?

ROCHA: No estoy de servicio.

DAVAH: Es una pena.

ROCHA: Ya no trabajo en el Caso Don Celes.

DAVAH: Claro, se veía venir. (Pausa.) Te vieron la cara, mi querido "capitán".

ROCHA: ¡Lo sé, con una chingada, lo sé! ¿A esto vino?

DAVAH: (Larga pausa. Ella juega con su escote.) Yo venía a entregarme a la justicia.

ROCHA: (Se le acerca.) ¿Es usted muy culpable?

DAVAH: Tendrás que sacarme la información, cariño.

ROCHA: (Frente a frente.) ¿Qué método prefiere que utilice, Lady Davah?

DAVAH: (Lo acaricia.) La tortura física, por supuesto. (Lo atrae a sí.) ¡Tutéame!

Se besan..., prolongadamente.

ROCHA: Me enyerbaste.

DAVAH: (Le pone un dedo en la boca.) "Nos", cariño, "nos".

ROCHA: (Besa su cuello.) Me encantas.

DAVAH: Te tengo un par de posibles pistas. Sólo voy a responderte tres preguntas. Seleccionalas bien.

ROCHA: ¿Dónde está la cabeza?

DAVAH: ¡Está vivo!

ROCHA: ¿Don Celes?

DAVAH: ¡Anda escondido! La nazi ha estado buscando la cabeza por varios sitios. Algunos muy extraños. No sé, a lo mejor pa' despistar.

ROCHA: ¿Como cuáles?

DAVAH: Me dijo el cantinero de El Rincón... que la Kikis fue a una feria de fenómenos a las afueras, por el rumbo de Xochimilco. Hay fumaderos de opio y juegos de azar.

ROCHA: ¿Qué encontró ?

DAVAH (Lo abraza.) No, cariño, ya fueron tres preguntas.

ROCHA: (Junta su pelvis a la de ella.) No imagino cómo sacarle más datos.

DAVAH: Pero si ya halló el camino, mi querido "capitán".

ROCHA: ¿Tortura física?

DAVAH: (Lo besa.) Ni hablar, tendré que contestar otras tres preguntas. ROCHA: ¿Qué descubrió la alemana?

DAVAH: En la feria esa ocurren cosas muy extrañas. Algunos son trucos descarados y otros fenómenos reales. Hay una atracción especial, únicamente los jueves: La Cabecita Parlante.

ROCHA: ¿Me vas a vacilar?

DAVAH: No. Yo pienso que la pinche germana nos quiere vacilar a todos. Te queda una pregunta.

ROCHA: (La acaricia.) La cabeza, además de que no es la de Don Celes, ¿Realmente habla?

DAVAH: Es un fenómeno auténtico. Quezque de padres Italianos. Además conoce a todo el mundo del ambiente de deformes.

ROCHA: Alemania, Italia..., Chino-japonés..., periodista gringo...

DAVAH: Llegó el momento de mis dos minutos de mal trato antes de las tres respuestas siguientes.

ROCHA: El rompecabezas se complica. (Ella le acaricia el sexo por encima del pantalón. El muerde su cuello.) Y tú me traes el toloache de tu cuerpo. Me parece injusto que me prohiban verte y vengas a provocarme.

DAVAH: (Ríe.) Me paso de-veras.

ROCHA: ¿Qué te mueve a venir a mí?

DAVAH: (Lo ve a los ojos.) Sencillo: tú. Además ya no tengo nada qué perder.

Se trenzan apasionados. Entra Salinas y los sorprende.

SALINAS: Lo dicho: uno no sabe para quién trabaja hasta que ve su parcela barbechada. (Los otros se intimidan.) Sigán, continúen, también mirando disfruto.

DAVAH: Se me congela la pasión en cuanto te veo, gordito. (A Rocha.) Mejor lo dejamos para luego... Pero luego luegoito, mi querido capitán.

ROCHA: (Le da una tarjeta.) Al terminar tu número, te espero en mi casa,

DAVAH: (Le acaricia la barbilla.) Ve preparando un buen trago, ¿sí?

ROCHA: O mejor paso a recogerte.

DAVAH: Será mejor que yo sea quién te busque. (Lo besa y se dirige a la puerta.) En tu casa, será más prudente. No olvides a la Cabecita Parlante.

ROCHA: (Le toma una mano.) De la Feria de Fenómenos, ya lo registré. Me importa mucho hablar contigo.

DAVAH: Ya lo creo. ¡Ah, por cierto: te dije que eran dos pistas! (Saca de su bolsa un papel que entrega a Rocha.) ¡Bye, bye, cariño!

ROCHA: ¿Qué es esto?

DAVAH: Le servía de bodega y escondite. Si está vivo Celestino lo hallarás ahí.

ROCHA: No se cómo pagarte.

DAVAH: (Hace mutis.) Ni lo agradezcas. El Comandante Sahagun sabe del lugar y va a catearlo.

ROCHA: Hasta entonces.

SALINAS: (Ve salir a la Davah.) Te manchaste con el trancazo de hace rato.

ROCHA: (Toma su sombrero.) Vámonos.

Salen. En la calle de luz Lady Davah se detiene en un teléfono público. Entra a la calle el Saxofonista-Mudo y se recarga en la pared a distancia de la Davah.

VOZ EN OFF: En esos momentos el teniente Fermín Rocha estaba muy lejos de imaginar que este encuentro cercano con Lady Davah sería el único. La siguiente ocasión que tuvo de mirarla fue de lejos, desnuda y sobre una sucia y fría plancha del depósito de la morgue.

Lady Davah cuelga y sale seguida discretamente por el Saxofonista-Mudo. Salinas y Rocha entran a la calle de luz.

VOZ EN OFF: Al parecer Lady Davah olvidó que hay reglas no escritas en el bajo mundo. Y la trasgresión de cualquiera de esas leyes puede cobrarse, claro está, con la vida. Por otra parte, la Kikis Korkueremburg había ya huido del país con rumbo a la América del Sur.

Se miran Salinas y Rocha..

SALINAS: ¿A dónde?

ROCHA: A la dirección que nos proporcionó la Davah, al antiguo escondite de Don Celes.

SALINAS: No me quiero llenar de más lodo.

ROCHA: (Obsesivo checa las balas en su revólver.) A lo mejor desenredamos la madeja.

SALINAS: Chance y sí. (Pausa.) Pero yo ya tuve suficiente. No me voy a involucrar

más.

ROCHA: Serás hocicón. Si no puedes vivir sin el chisme. Eres un amarillista.

SALINAS: (Desenvuelve un chicle y lo mastica.) Exageré la nota, ¿verdad?

ROCHA: ¡Ey!

SALINAS: ¿Qué boleto con la Cabecita Parlante?, lo que te contó la Davah.

ROCHA: La cabeza no es la de Don Celes. ¿Para qué asistimos a esa patraña de la Feria de Fenómenos?

SALINAS: Si resulta balín cuando menos pasaremos un rato divertido.

ROCHA: (Lo abraza.) Pero luego me voy por la Davah.

SALINAS: Okey maguey.

ROCHA: (Salen.) ¿Sabes, mi gordo?

SALINAS: ¿Qué?

ROCHA: Me late que me voy a enamorar.

Llegan a otra área iluminada con focos de colores que anuncian la Feria de Fenómenos. Gente viene y va. Pasan enanos, una mujer con tres brazos, etc. El Gran Kojonids, vestido estrafalariamente, cobra la entrada frente a una pequeña carpa en donde se lee: "Admire a la Cabecita Parlante, única en su género". Entra una deteriorada grabación con música y voz.

MEROLICO (En off) ¡Pase, pase a a ver a la única, espectacular y nunca antes exhibida Cabecita Parlante! Por un peso podrá apreciar las muecas patéticas de la cabecita separada de su cuerpo. Usted caballero, señorita, señora, joven; sí, usted paga un solo peso por ver este prodigio de la naturaleza. Escuche de su propia boca las causas de su tragedia. Admírela junto con el arma punzo cortante con que fue decapitada. Pase y ponga en duda lo que sus cinco sentidos le dictan ante el fenómeno. Entran Salinas y Rocha. Rocha va a pagar pero Salinas se le adelanta.

SALINAS: Bueno, alguna vez me tenía que tocar a mí.

ROCHA: Pero te acaban de correr. Podemos ahorrarnos esta chistosada. Estás desempleado.

SALINAS: ¿Y qué? Tú también. Imagínate cómo se va a poner la situación: oí que

se devaluía otra vez el peso. ¿Qué más da?

ROCHA: Pues..., ¿no sé que decir?

Salinas saca una botella de tequila de su gabardina y de da un trago.)

SALINAS: ¿Qué tal si comienzas con "gracias"?

ROCHA: (Toma la botella y da un largo trago.) ¡Gracias!

MEROLICO: (En off.) ¡Pasen, caballeros, y vivan la más inconcebible experiencia!

¡La función inicia ya! ¡Pasen y demuestren su valor.

SALINAS: (Le quita la botella.) Te la vas a acabar y no es para nosotros.

Entremos. ROCHA: ¿Para qué compré el tequila entonces?

SALINAS: ¡Oh, ya lo verás! (En voz baja.) Es para la cabecita.

ROCHA: ¡¿Qué?!

Entran a una sucia carpa donde hay dos o tres espectadores más. Alguno ronca.

Se escucha una música oriental y gemidos dolorosos salen de detrás de un teatrino. Entra El Gran Kojonids con un sombrero y saco vistosos. Descorre la pequeña cortina. En un frasco vemos una Cabeza con cicatrices flotando en sospechoso líquido?

KOJONIDS: La empresa suplica hoy no hacer preguntas a la fabulosa Cabecita Parlante. (La cabeza suerbe ruidosamente el líquido del frasco.) Despertó con jaqueca.

ROCHA: ¿Bebe tequila?

SALINAS: ¡SSShh! ¡Mira!

La Cabecita Parlante eructa.

KOJONIDS: Platicará sobre su trágica historia pero pedimos al respetable se abstengan de preguntarle nada.

CABECITA: (Al público. Evidentemente ebria.) Ustedes pregunten, para eso les cobró este... (Al Encargado.) Y tú cállate, pinchi mosca jijo de tu mondinga. (Eructa.) Ayer fue cumpleaños de la Mujer Lagarto y se imaginarán.

KOJONIDS: ¡Al grano, al grano!

ROCHA: (A Kojonids.) Ya dejé hablar a la..., al señor.

Se oyen exclamaciones de adhesión a la exigencia de Rocha por parte de los presentes.

CABECITA: ¿Ya oyó? ¡Ahueque el ala o no hablo con los presentes.!

Kojonids sale rabiando.

CABECITA: Siempre quieren que hable de lo mismo, de que si perdí el cuerpo por desobedecer a mis padres y esas cosa. (Ríen. Rocha está fascinado, como niño chiquito.) Ya saben: nomás les interesa ese folclor maldito que ha desprestigiado a nuestro gremio. Nadien nos respeta. Nos tratan como bichos raros. Pus ¿qué putas les importa? (Un espectador chifla.) Es la vida de uno privada, ¿qué no? Pus, ¿con qué derecho? (Transición.) ¿Alguien traerá por ahí un chingere, un tragiuitito apenas?

SALINAS: (Levanta la botella.) Trajimos un regalito.

CABECITA: Salvador de un alma descarriada. Acércate y te regalaré una revelación de algo que ignores y anheles conocer.

SALINAS: (Acompañado de Rocha.) Necesita mi amigo desenredar una madeja oscura.

CABECITA: ¡Ay, sí, voy en busca de la verdad! (Pausa.) ¡La eterna búsqueda de la neta esencial que no halla en las líneas de su puñetera mano, ¿qué no?!

ROCHA: ¡Vámonos, este mamón no adivina ni madre!

CABECITA: Lléname nomás antes el tanque, don teniente y luego si quieres vete.

ROCHA: ¿Cómo supo que soy policía?

CABECITA: ¡Oh, que la...! Me ves con cara de "ni le creo ni nada". (Pausa.) No te convence mi facha, ¿qué no? ¿Quieres que te recite tu dirección, número de teléfono y cantidades que sacas al mes en extorsiones? (Saca la lengua lamiendo el cristal de su frasco.) ¿Quieres saber de que color trae los calzones la mujer que te succiona el seso?

SALINAS: ¡Ok, ok, no hay problema. Pero querríamos hablar de este asunto a solas.

CABECITA: ¡El Tequila!

ROCHA: Pero que salgan los demás espectadores.

CABECITA: Por eso no hay problema, son paleros que contratamos para que no se vea vacío. (A los espectadores.) ¡Orale, a mingar a su chaldret!

Salinas llena hasta cierto nivel de tequila.

ROCHA: (En cuanto salen.) Hay un misterio que...

CABECITA: (Bebe.) ¡Pérese, pérese tantito! Déjeme que le explique bien clarita una cosa.

ROCHA: ¿Perdón?

CABECITA: Ya sé a qué vino, ya sé lo que cree que quiere saber antes que nada. (A Salinas.) Más. (Salinas vierte otro poco de alcohol. Suerbe.) A lo mejor se equivoca. Eso sí cada quién. Piense bien la pregunta porque será la única.

ROCHA: Está bien.

CABECITA: (A Salinas.) Más. (Bebe con escándalo.) Algo que me enternece de usted, policía, es que todavía le tenga una como..., pus, como que miedo y como que ganas a la verdad. ¿A quién le sirve la verdad?

SALINAS: Es necesaria.

CABECITA: Ya salió el poeta. ¡Sirva y cállese! También escupa ese chicle. (Salinas obedece. Mira fijamente a Rocha.) ¿Quieres saber justamente lo que estás pensando ahora mismo?

ROCHA: ¿Cómo?

CABECITA: Estás pensando en la punta, la cabeza de la madeja, la persona que se oculta detrás de la última capa de la cebolla.

ROCHA: Sí.

CABECITA: Acércate. (Mira a Salinas.) Lo voy a decir, pero a tí nomás.

ROCHA: (Toma la botella de tequila.) Yo le sirvo. (Hace un gesto para que Salinas salga y éste obedece.) ¿De verdad sabes quién, quienes?

CABECITA: ¿Para qué la quieres si no vas a poder? La neta es de quien la puede. Y

tú ya ni fu ni fa.

ROCHA: Todavía..., quizá me arriesgo a...

CABECITA: No la chifles que es cantada, don teniente. No la puedes aunque se te ocurra morirte en el intento. (Transición.) Más. (Rocha sirve.) Me molesta tu amigo. ¡Masca chicle!

ROCHA: Eso es desagradable, sin duda pero un nombre...

CABECITA: Ta bueno, al grano: Su foto saldrá mañana en la primera plana del periódico La prensa.

ROCHA: ¿Por un crimen?

CABECITA: ¿Cómo cree, mi don teniente? El señor éste aparecerá poniendo la primera piedra de un orfelinato o algo así. Por una obra de caridad y no por un crimen. De verás que lo reprobaron en la nocturna de la vida. (Transición.) Es todo. Vacíela toda y apáguele a la luz cuando salga, no sea malo.

Rocha sale de la pequeña carpa apagando la luz. En la calle lo espera Salinas.

SALINAS: ¿Te dijo quien es la cabeza del complot?

ROCHA: Ya ni sé. (Salinas va a hablar pero le tapa la boca.) Al rato mi gordo, al raúnd nos enteramos.

Martín Salinas y Fermín Rocha caminan pensativos. Las luces de la feria se pierden en la distancia. De pronto Rocha recuerda y saca de sus ropas un paquete de chiles. Hace ceremoniosa entrega a su amigo. Este, con sorpresa y casi enternecido, los recibe.

ROCHA: Creo que tenía una deuda.

SALINAS: Bueno..., pero..., no sé...

ROCHA: Te estoy pagando, pese a lo cábula que eres, Salinas.

SALINAS: Salinas y Rocha, buen dueto, ¿no crees? (Ríe torpemente.) Por lo pronto sonamos a anuncio de tienda.

ROCHA: (Le palmea la espalda.) Tú qué sabes, mi gordo, quizá un día halla gangsters con nuestros nombres en una película de Orol.

SALINAS: Estaría suave. Yo lo conozco... Bueno, una vez... ¡Imagínate en la marquesina del Savoy: "El padrino Salinas"!

ROCHA: ¡Uta, capaz y se agotan las localidades!

Silencio prolongado. Salinas da un chicle a Rocha que duda un momento y después toma uno. Lo mastica para beneplácito de Salinas que mira la envoltura de sus chicles.

SALINAS: Y son gringos, te rayaste, Fermín.

ROCHA: ¡Ey! (Pausa larga.) Mi gordo, ¿sabes que es finalmente lo más baboso de todo?

SALINAS: ¿Qué?

ROCHA: Que efectivamente: ¿de qué carajos nos sirve, ahora que la sabemos, la verdad?

SALINAS: Se la podrás platicar a tus hijos con la Davah. Oye, y ¿cuál es su verdadero nombre? El de ella, me refiero...

ROCHA: Ni sé, pero te juro que me voy a enamorar como..., un como..., bastante.

Entra la canción "En México" del inmortal Chava Flores. Salinas y Rocha caminan y caminan hasta perderse.

CHAVA FLORES: En México hay una montaña

que ve hacia el mañana,

con gran resplandor.

En México hay un arroyuelo

que corre hacia el cielo

persiguiendo al sol.

En México el hombre que pasa

se siente en su casa,

quizá mejor.

En México anida la vida,

se canta, se bibra,

se respira amor.  
En México vive la gente  
que lucha y que siente  
que lo hará mejor.  
En México el hombre es hermano,  
se da al ser humano  
un trato de honor.  
En México cimbra su historia,  
en México surge la gloria,  
pues México es una casita  
preciosa y bonita  
donde vive Dios.

OSCURO FINAL.

Jaime Chabaud. Correo electrónico: [jchabaud1@mac.com](mailto:jchabaud1@mac.com)

Todos los derechos reservados  
Buenos Aires. 2009

CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral  
Presidente: Juan Carlos Gené. Director: Carlos Ianni  
Buenos Aires. Argentina. [www.celcit.org.ar](http://www.celcit.org.ar). e-mail: [correo@celcit.org.ar](mailto:correo@celcit.org.ar)